gó la jefatura de armas, el día último de febrero, al coronel Agustín Estrada.

Al siguiente día, el pueblo y los ex-revolucionarios indignados, en manifestación pública de protesta exigían la renuncia del gobernador González y lanzaban gritos subversivos contra el gobierno del señor Madero.

El gobernador, viéndose sin ningún apoyo, hostilizado por propios y extraños, prudentemente se puso a salvo.

En vista de los tremendos acontecimientos que acabamos de reseñar, el señor Madero lanzó un manifiesto en el que, después de sostener su eterna idea de la decantada legalidad, pedía su ayuda al pueblo para sofocar el formidable movimiento del norte.

"Son incontables los ofrecimientos que he recibido de los buenos ciudadanos,—decía el señor Madero-que se ofrecen a empuñar las armas; pero para que sus servicios sean verdaderamente eficaces y todos los que toman las armas sean en cualquier momento una garantía de orden, es preciso que se sujeten a la disciplina militar, que vayan a engrosar las filas del ejército federal, de ese ejército que se ha cubierto de gloria en los campos de batalla, defendiendo con un vallor heróico y con una constancia admirable las instituciones republicanas; y que haciendo gala de excelsas virtudes guerreras, ha demostrado una lealtad al gobierno que presido, que ha provocado la admiración de propios y extraños. El gobierno sabrá premiar a su tiempo a los jefes, oficiales y soldados que así honran a la República. Invito, pues, a los mexicanos que deseen as horstes reheldes cresonió su rennuela y en

cooperar para la defensa de la institución emanada del voto popular, para que se enrolen en las filas de ese glorioso ejército, a fin de perseguir a los enemigos del orden y de la paz pública, haciendo respetable la voluntad nacional y para que, empuñando la espada de la ley, la hagan caer con todo su peso sobre los malos hijos de la patria. Así serán una segura garantía de orden y tranquilidad, a fin de que la República Mexicana, libre ya del yugo de la tiranía, no vaya a ser presa de la anarquía ni del bandidaje y pueda desenvolverse serena y grandiosamente por el sendero de la libertad dentro de la ley, base inamovible de la democracia. Este llamado lo hago extensivo a los mexicanos de todas las esferas sociales: a los gobernantes, a las autoridades civiles y militares, a los particulares, a los hacendados, a los obreros, y a los humildes peones del campo. Que todos hagan lo posible por llevar al ejército su contingente personal o el de sus amigos o sirvientes. De esta manera muy pronto tendremos constituido un poderoso ejército que además de lograr los fines ya indicados, evitará de un modo rápido y seguro, acontecimientos como el de Ciudad Juárez, que tan funestas consecuencias pudo acarrear sobre nuestra patria. Y que el pueblo humilde no se deje engañar por agitadores y ambiciosos. Su condición no podrá mejorar bruscamente como ellos se lo ofrecen; que recuerden lo que les dije al triunfo de la revolución: Si nuestra situación política ha sufrido en pocos meses un cambio radical, puesto que de la triste condición del paria habéis conquistado los augustos derechos del ciudadano, nuestra situación social y económica no podrá modifidurio en desden nora sus mandatarios, y al llamado

138

carse de un modo tan brusco, pues para ello será preciso un esfuerzo constante y prolongado; que nadie puede instruirse y enriquecerse, sino por medio del trabajo y del ahorro".

Pero al expresarse en los términos en que lo hacía el ex-presidente de la República, señor Madero, creyó que el pueblo, como en 1910, se alzaría al conjuro de sus prédicas, sin comprender que las circunstancias que lo rodeaban eran bien diferentes y que sus antiguos admiradores empezaban a volverle las espaldas.

Este supremo error del señor Madero; esta frecuente alucinación del mandatario que se creyó dueño de la opinión, sin detenerse a observar que, en el medio actual y dentro de un pueblo extraordinariamente pasional, era cosa menos que imposible la implantación de un régimen que en manera alguna correspondía a la cultura de los ciudadanos.

No se crea, por lo dicho, que somos de aquellos que hablan del pueblo mexicano como de una tribu de esclavos irredentos; muy por el contrario, sostenemos que está apto para ejercitar sus derechos de ciudadanía, siempre que, al principio, hagan su aprendisaje, tutoreados por un gobierno progresista y exento de prejuicios.

El gobierno del señor Madero, quizá con más éxito que el general Díaz, pudo haber impuesto el sufragio como una costumbre; pero los intereses bastardos de un grupo dominó más en este sentido y las elecciones fueron, como antes, una vil farsa, una mascarada infame; una burla para el pueblo.

Por esto, el gran desaliento de las masas se tradujo en desdén para sus mandatarios, y al llamado

mo de la Revolución, el 3 de marzo de 1412. del señor Madero nadie contestó, siendo preciso, para atender a la gran demanda de tropas, implantar el odioso procedimiento de leva y sacar de las cárceles, con disgusto del ejército y de las personas honradas, a toda la hampa de criminales; a ese enjambre de individuos que se hallaban bajo el peso de la acción penal, soriaturior sol a siad sh dib se

Se nos dirá que fueron innumerables los cuerpos de voluntarios que se formaron en la capital por aquel tiempo; a ello contestaremos que quienes así procedieron lo hacían indicando su deseo de ir a campaña solamente en el desgraciado evento de intervención extranjera; nunca para sostener al Gobierno. Solamente recordamos que los ferrocarrileros lucharon bravamente en la campaña del Norte. haciendo otro tanto el cuerpo que fundaron, sostenido por sus propios elementos, el hoy coronel Alberto Braniff. an audaudido ab ossegnoo la diminer

brando, al efecto, Gobet to interino al senor don

Mientras tanto, Orozco, instado por sus fuerzas e invitado por los vecinos de Chihuahua, se ponía al frente de los rebeldes. Obedeció su conducta a las circunstancias en que lo colocaron los acontecimientos, puesto que, por una parte, el bandolero oficial Francisco Villa se acercaba a Chihuahua con el manifiesto deseo de dar allí rienda suelta a sus aficiones de rapiña, por la otra los revolucionarios de Rojas sólo esperaban para atacar la plaza, la desición de Orozco.

Sin embargo, fué después de reiteradas insinuaciones que el general Orozco aceptó el mando supremo de la Revolución, el 3 de marzo de 1912.

Incontinenti, arengó a las tropas en los cuarteles; puso en libertad a los numerosos reos políticos recluídos en la Penitenciaría, ordenando, además, la aprehensión de los coroneles Agustín Estrada y Marcelo Caraveo, quienes al principio se habían negado a secundar el movimiento. También se dió de baja a los voluntarios que alistara algunos días antes, para la seguridad pública, el Ejecutivo del Estado.

En seguida, salió a batir a Villa, infligiéndole rudo descalabro y obligándolo a retirarse en desorden. Simultáneamente, Braulio Hernández que se hallaba en Gallego con 500 hombres, reforzaba la guarnición de Ciudad Juárez, con el deliberado objeto de obtener fácilmente pertrechos de guerra y de poner la plaza en estado de defensa.

Seguidamente, por convocatoria de Orozco, se reunió el Congreso de Chihuahua, acordándose desde luego reorganizar la administración pública, nombrando, al efecto, Gobernador interino al señor don Felipe R. Gutiérrez y lanzar un empréstito de.... \$1.200,000, que unidos a los \$300,000 existentes en las oficinas públicas, formaban un total de un millón y medio de pesos para cubrir los primeros gastos de la revolución.

Contra lo que todos se esperaban, la actitud de Pascual Orozco, lejos de producir buena impresión y de polarizar las simpatías, originó una reacción tremenda.

El pueblo, por general desafecto a sus mandatarios, calificó duramente el movimiento orozquista y hasta se organizaron manifestaciones de alhesión al Gobierno, siendo vitoreadas ruidosamente las tropas que por entonces salieron para la frontera.

Orozco, no por ello se desanimó, y anunciaba que "el 12 de marzo partiría de Chihuahua con cinco mil hombres sobre la ciudad de México, esperando unirse a las columnas de Salazar y Campa en las inmediaciones de Torreón."

Antes de ponerse en marcha, el jefe del movimiento disponía que quedaran dos mil hombres guarneciendo la capital del Estado para protejerla de un posible ataque por parte de Villa que merodeaba en las cercanías y que se reconcentrarán violentamente los cabecillas Salazar, Rojas, Luis Fernández, Braulio Hernández y Emilio Campa.

Prácticamente el Estado de Chihuahua estaba en manos de los facciosos, pues si bien algunas plazas quedaban guarnecidas por federales, además de ser pocas, algunas de ellas, como Parral, donde el jefe auxiliar José de la Luz Soto se había adherido al movimiento, estaban de hecho tomadas.

Por la aduana de Ciudad Juárez, los rebeldes continuaron introduciendo pertrechos con abundancia, no obstante las protestas del cónsul Llorente. Nada menos el 8 de marzo, cruzaban la línea divisoria, con destino a las fuerzas rebeldes, seis cajas de rifles, cien mil paquetes de cartuchos y un cañón.

Ya en tales condiciones, Orozco, el jefe militar del movimiento, lanzó un manifiesto acusando al señor Madero por falta de cumplimiento en sus promesas e ineptitud como gobernante, exigiendo su renuncia, y poniéndolo fuera de la ley. También Vázquez Gómez publicó un manifiesto en el que, co-

mo punto culminante, decía lo que copiamos en seguida:

"Hago especial recomendación referente a los extranjeros, quienes han contribuído y contribuyen actualmente poderosa y eficazmente con su capital y su experiencia para procurar la elevación de los mexicanos y el progreso del país.

"Es necesario que ustedes, con su conducta y dignidad, tengan una real protección para sus vidas e intereses, con objeto de justificarnos y dar crédito a nuestra causa ante los otros países del mundo, y también para mantener nuestra dignidad y cultura nacional.

"También recomiendo que ustedes no permitan que se promuevan desórdenes de ninguna especie en los puntos situados en las fronteras del Norte y del Sur, para evitar las dificultades que pudieran originar con los países vecinos.

"Me complazco en manifestar que hasta el presente, el movimiento revolucionario ha respetado la vida e intereses del pueblo, especialmente de los extranjeros, y ustedes deben continuar observando igual conducta, no sólo a cuenta del aspecto internacional, sino también porque es mejor para el de la nación mexicana."

Como se ve, las noticias del Norte no eran de lo más halagadoras para el Gobierno, y de tal manera preocupó a éste la cuestión, que, desorientado y torpe, al error de dejar Chihuahua en manos de los rebeldes, contestó con otro error consistente en enviar a la frontera al general González Salas, pariente del señor Madero, cuyos méritos eran muy discutibles. Este señor, que a la sazón desempeñaba

el puesto de Ministro de la Guerra, dejó al confortable ministerio para entrar de lleno en la vida inquieta de campaña, sin duda empujado por un exceso de amor propio exacerbado por las constantes y mordaces críticas de la prensa de oposición que lo tildaba como un militar de opereta.

El señor González Salas, que por su quijotismo iba a sacrificarse estérilmente en los campos de Rellano, inició su carrera entrando como alumno del Colegio Militar el año de 1881; de dicho plantel salió en 1884, siendo teniente de la Plana Mayor Facultativa de Ingenieros; ascendió a capitán primero en 1887; a mayor en 1889; a teniente coronel en 1898; a coronel de infantería permanente en 1901; a general brigadier de infantería en 1909 y a general de brigada de infantería permanente en 1911. Este último ascenso mereció censuras, pues el agraciado, en opinión de quienes lo conocieron, no tenía suficientes títulos para ello ni el tiempo de servicios exigidos por el escalafón. Sólo había estado en campaña el general Salas en Sonora y Yucatán donde tuvo un éxito harto mediano.

Para substituir al general González Salas en la Secretaría de Guerra, fué designado el general Angel García Peña, de muy escasos méritos y de pocas simpatías en el ejército.

Arregladas en tal forma las cosas, Salas salió para el norte el 9 de marzo. Formaban su estado mayor, como jefe, el valiente y estudioso mayor Nicolás Martínez; los capitanes primeros de infantería Flaviano Paliza, Rafael Aburto y Vidal Enríquez y los tenientes Juan F. Rico y Benjamín Zurita. El convoy militar llevaba, además, cerca de 3,000 hom-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEUN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONDO REYES"
Ando. 1625 MONTERREY, MEXICO

bres que, unidos a las fuerzas de Torreón, formaban una división de 5,000, muy suficientes, bajo una buena dirección, para contrarrestar los esfuerzos del ejército revolucionario.

A raíz de estos acontecimientos, el gobierno de los Estados Unidos, urgido por las representaciones que le hiciera la cancillería mexicana a efecto de que se respetaran debidamente las leyes de neutralidad, y ante los desmanes de algunos revolucionarios, dispuso la salida de tropas encargadas de guarnecer la línea divisoria. Acabó de decidir a las autoridades americanas para tomar esta medida, el hecho de que Antonio Rojas tomara de la Sucursal del Banco Nacional en Ciudad Juárez, la cantidad de \$20,000, confiscando, además, un cargamento de armas consiguiendo a la "Lumber Canadian Company."

Por su parte Orozco, deseoso de disciplinar a sus fuerzas y celoso de su prestigio, llamó al cabecilla para que respondiera, ante un Consejo de Guerra, de los delitos que se le imputaran, pero el acusado se negó a presentarse, interponiendo algunas influencias acerca de su jefe, a efecto de que no lo molestaran.

De todas maneras, lo que más preocupó a Orozco, fué que se le restringiera el paso de pertrechos, y con el fin de contrarrestar la maniobra del Gobierno, nombró una comisión integrada por los señores licenciados Juan Prieto Quimper y Manuel Luján, para que fueran a Washington a tratar de convencer al gobierno americano de lo conveniente que sería conceder la beligerancia a los rebeldes. También, y con el fin de contar con piezas de artillería,

Aranda, un aventajado mecánico, empleado de los talleres de los Ferrocarriles Nacionales, fué encargado por Orozco de la fabricación de algunos cañones del tipo Schneider Canet, que no dieron el resultado apetecido, pues por la mala calidad del metal, reventaban al segundo o tercer disparo.

Durante todo aquel tiempo dedicado a la organización del movimiento, las filas de Orozco fueron aumentadas por numerosos voluntarios, algunos de la mejor sociedad chihuahuense. Además, una numerosísima comisión de indios tarahumaras vino a ponerse a sus órdenes, asegurando pomposamente que estaban deseosos de sostener al partido liberal, cuando, en verdad, lo único que perseguían era el mejoramiento de la triste condición en que vivían. Un testigo presencial, al referirse a ellos, dice que "estaban en situación muy apurada, pues apenas tenían qué comer y se alegraban con un cambio cualquiera de gobierno, considerando que éste les facilitaría medios con que pudieran subsistir. Agrega que iban armados con arcos y flechas, pero su recia musculatura, su agilidad y su valor proverbial, hacían de esa tribu semi-salvaje, un elemento auxiliar de primer orden."

Algunos políticos poco escrupulosos procuraron atraerse al leader del movimiento, dividiendo a Orozco y Vázquez Gómez. Pero ni las insinuaciones de Enrile y Córdova, que se obstinaban en hacer germinar las supremas ambiciones de Orozco a efecto de postularse presidente al triunfo del movimiento, ni los halagos del partido liberal que, representado por Juan Sarabia fué, con pretexto de

pacificar, a trabajar porque en caso de vencer se nombrase presidente a Iglesias Calderón, lograron hacer cambiar las decisiones del jefe rebelde que se sostenía en este postulado:

"No admitiré imposición de partido político alguno para la presidencia ni la vicepresidencia provisional o efectiva de la República, pues la presidencia se haría efectiva al triunfo de la revolución, sin reconocer hasta entonces candidato alguno, y, EN CUANTO A LA VICEPRESIDENCIA, QUEDABA SUPRIMIDA. Una Junta de notables, formada por todos los jefes revolucionarios y los hombres civiles que hubieran tomado parte en la dirección del movimiento revolucionario, serían los encargados de nombrar presidente provisional de la República, pero quedando desde luego descartado en el asunto político el licenciado Emilio Vázquez Gómez. Al triunfar la revolución y después de un año justo. durante el cual el pueblo mexicano habría hecho libremente su elección y vigilada la legitimidad de ésta por las fuerzas victoriosas revolucionarias que durante este tiempo se mantendrían en pie de guerra, quedaría hecha la elección legal de Presidente de la República, PERO QUEDANDO SIEMPRE, Y EN TODO CASO, SUPRIMIDA LA VICEPRESI-DENCIA."

Con estas declaraciones, de hecho, Pascual Orozco desconocía al licenciado Vázquez Gómez, no obstante un compromiso anterior en el que se estipulaba que al triunfo de la insurrección se elevaría a la primera magistratura al abogado de referencia.

Ya veremos después los incidentes a que dió lugar este acto de Orozco.

los americanos residentes en la región, nero sin ob-A los progresos de la revolución, el Gobierno opaso el mayor número de fuerzas en los diferentes focos, atendiendo de preferencia al Estado de Chihuahua. Solamente los elementos de guerra puestos en Torreón eran: 100 hombres del 1er. batallón, 150 del 60., 200 del 90., 350 del 200., 400 del 230., 300 del 330., 300 zapadores, 100 hombres del 30., 200 del 60., 200 del 70., 400 del 100., 150 del 130., 300 del 150., 100 gendarmes del ejército, 800 voluntarios de los Estados de Coahuila y Nuevo León, 550 rurales de los cuerpos 150., 260. y 380.; 4 cañones Schneider-Canet, 12 cañones Saint-Chamon-Mondragón, 8 piezas de artillería de montaña y 12 ametralladoras. En resumen, 1,800 soldados de infantería, 2,800 de caballería y 500 artilleros, haciendo un total de 5,100 hombres y 36 piezas de artillería.

Además, el Gobierno de Madero presentó un proyecto al Congreso, pidiendo se hiciera extensiva a toda la República la ley de suspensión de garantías (que no prosperó) y había logrado, mediante sus continuadas gestiones acerca del Gobierno de los Estados Unidos, que se prohibiera en lo absoluto la entrada al país, por la frontera norte, de pertrechos y armas consignadas a los alzados. El Congreso americano más tarde amplió esta disposición hasta el grado de no permitir la entrada a Ciudad Juárez de toda clase de provisiones y pertrechos de guerra, estando comprendidos en tan arbitraria designación, la harina, las patatas, el maíz, el pan y otros artículos, tales como el petróleo, gasolina, zapatos, sillas de montar y forrajes para los animales. Protestaron por aquello los comerciantes y hasta

ió admirablemente. lo er e lesslojarlos de Gómez

los americanos residentes en la región, pero sin obtener resultado alguno.

El golpe que con esto recibió la causa revolucionaria, fué formidable, teniendo desde entonces, para obtener armamentos, que recurrir a la peligrosa operación del contrabando, y esto en muy exiguas cantidades.

El primer encuentro se llevó a cabo en Santa Rosalía, lugar del que estaban posesionados los federales. Fué el cabecilla José Inés Salazar quien el 13 de marzo, después de un rudo tiroteo que duró más de cinco horas, logró desalojar al enemigo, obligándolo a replegarse. Esta victoria trajo a sus filas cerca de mil individuos que abandonaron los trabajos emprendidos para la construcción de la presa sobre el "Conchos."

La prensa, frente a las enormes proporciones que tomaba el movimiento, se manifestó ostensiblemente alarmada, entablándose, por cualquier incidente, acaloradas discusiones.

La revuelta del Norte ofuscaba de tal manera los sucesos, que sucesos de otro orden eran relegados. Por esta razón no se dió toda la importancia que merecía a la derrota que las tropas federales infligieron en Culiacán a los cabecillas Manuel Vega, Francisco Quintero y Manuel Franco, al intentar éstos un ataque a la plaza.

Los alzados dejaron en la refriega doscientos muertos y heridos y cerca de cincuenta prisioneros. Y de igual manera se olvidó todo el mundo de los demás núcleos revolucionarios, concentrándose la atención en los sucesos culminantes que iban a desarrollarse.

Poco antes de formalizarse la campaña, el 14 de marzo, las ciudades de Jiménez y de Moris, defendidas por pequeñas guarniciones, quedaron en poder de los revolucionarios, no sin que los leales opusieran soberbia resistencia. La guarnición de Jiménez se retiró a las montañas, siendo derrotada más tarde en Santa Cruz de Neyra, y la de Noris, compuesta de 200 rurales, se entregó incondicionalmente y la mayor parte de ellos engrosó las filas orozquistas. Más de mil hombres, perfectamente armados y equipados, se unieron también en esos días a los

rebeldes, procedentes de varios puntos del Estado

de Durango.

El jefe rebelde Benjamín Argumedo, a la cabeza de 600 hombres, tomó la importante población de Mapimí, derrotando a la guarnición y mandando imponer préstamos forzosos a los comerciantes, quienes sufrieron pérdidas por valor de \$160.000. Argumedo resultó seriamente herido en este combate y milagrosamente salvó la vida. Marchando ya en retirada, las fuerzas de Argumedo tuvieron nuevo encuentro con los federales en Picardías. El combate fué reñidísimo y los alzados sufrieron más de 60 bajas, dejando veinte prisioneros. Los federales, por su parte, tuvieron pérdidas de importancia, como la muerte del mayor del 23 batallón, Manuel Olano, dos subtenientes y muchos soldados.

Cheché Campos, después del ataque que sufriera en el cañón de Jimulco, intentó un ataque sobre Gómez Palacio, creyendo forzar así la caída de Torreón, pero las fuerzas federales, salidas de este ultimo punto, apoyadas por la artillería que funcionó admirablemente, logró desalojarlos de Gómez Palacio, emprendiendo en seguida su persecución. Los hombres de Cheché, después de tener más de cien bajas, entre muertos y heridos, contándose entre los últimos el acaudalado cabecilla Pablo Lavín.

En Boquillas se registró un combate en el que los rebeldes aniquilaron casi las fuerzas de Villa, estando éste a punto de quedar prisionero. Su segundo, el coronel auxiliar N. Aldama, no tuvo la suerte de su jefe y murió fusilado por orden de Orozco.

El 16 de marzo hubo otro encuentro en Bermejillo entre las fuerzas mandadas por el general Trucy Aubert y las columnas rebeldes de Argumedo y Cheché Campos, quienes fueron derrotados, sufriendo 44 bajas y dejando numerosos prisioneros en manos del enemigo.

Como en C. Juárez se mostraban descontentos los vecinos por la permanencia en esa plaza del jefe Antonio Rojas que continuaba imponiendo préstamos forzosos sin ton ni són, Orozco dispuso la salida de este cabecilla hacia Ojinaga a fin de tomarla, y designó al coronel Orozco para que fuera a encargarse de la jefatura de armas de C. Juárez.

La plaza de Ocampo quedó en poder de la revolución. La guarnición federal que había evacuado la plaza de Jiménez, después de una heróica resistencia, fué nuevamente batida y derrotada por los rebeldes de Roque Gómez, en Santa Cruz de Neyra. Este combate duró cerca de 4 horas, teniéndose que rendir los federales ante la superioridad numérica del enemigo. Los vencidos tuvieron 19 bajas, quedando prisioneros 137, contándose entre ellos, el mayor Adolfo Ramírez, los capitanes Juán Monroy.

Alfonso Carrillo Galindo, Jacinto R. Rangel. Ildefonso Saldaña y Margarito Blanco, el teniente Francisco Vélez y el subteniente Antonio Sánchez.

Todos los prisioneros fueron enviados a Jiménez, de donde serían conducidos a Chihuahua, según órdenes de Orozco; pero en Jiménez, el cabecilla José Inés Salazar intentó fusilar a los 137 prisioneros, alegando que no tenía fuerzas suficientes disponibles para la escolta.

Se hubiera llevado a cabo este atentado si, por la mediación del oficial orozquista, Juan Ignacio Martínez Salazar que telegrafió a Orozco, el supremo jefe de la revolución no hubiera ordenado que se respetara la vida de los prisioneros. Estos fueron conducidos a Chihuahua en medio de las mayores atenciones, y, al llegar a la capital del Estado rebelde, Orozco mandó que sus tropas presentaran armas al paso de los prisioneros. Estos fueron alojados en el Hotel Francia, y Orozco, acompañado de sus principales jefes subalternos y de su estado mayor, ofreció esa misma noche un banquete en honor de los jefes y oficiales prisioneros.

Estos durante la permanencia del ejército revolucionario en Chihuahua, fueron objeto de las mayores atenciones, se les dió la ciudad por cárcel, se les pagaba su alojamiento y se les abonaban sus haberes.

La prensa y la sociedad premiaron con los debidos aplausos el simpático proceder del jefe rebelde.

el Estado de Chibuahue \* \* pelon necha de Onna-

Otros acontecimientos abrieron un paréntisis en